

— Es que no se trata de meras esperanzas..... Hoy mismo..... no hace media hora..... me estaba diciendo que usted le ama.

— ¡Yo!..... ¡ Ah! ¡ ah! ¡ ah!..... Estoy segura de que no lo diría en mi presencia.

— ¿Y si en presencia de usted lo dijese?

— Sabría darle un desengaño.

— Eso me tranquiliza.

— ¿A usted, Eduardo? ¿Acaso le importa á usted algo que yo quiera á otro?

— Sería para mí una desgracia.

— ¿De veras?— exclamó con júbilo la marquesita.

— Elisa, yo no sé si tendrá usted noticia de cierto proyecto fraguado entre mi padre y su mamá de usted.

— Si, Eduardo, lo sé todo.

— ¿Y qué le parece á usted?

— No me atrevo á decirlo.

— ¿Pero aprueba usted el pensamiento?

— ¡Ay, Eduardo!— exclamó la marquesita como en un acceso de amor— su realizacion colmaria mi felicidad. ¿Y usted?

— Si no temiera algun rival..... Precisamente llega ahora Agapito.

Así era la verdad. En aquella sazón acababa de aproximarse don Agapito á la marquesa de Verde-Rama, y después de dirigirle un respetuoso saludo, acercóse á su hija con talante risueño, y en tono de confianza le dijo:

— Perdóne usted, Elisa, he venido un poco tarde..... Sin embargo, ya sabe usted que así como Leandro cruzaba las olas del Helesponto, para tributar sus homenajes de amor á la hermosa Hero, cruzaria yo.....

— ¡Oh! don Agapito— exclamó la marquesita con fria indiferencia.

— Ya le habrá dicho á usted mi amigo Eduardo qué estaba entretenido en el café con unos amigos.....

La marquesita, sin hacer el menor caso de las palabras de don Agapito, dijo á don Eduardo:

— Es preciso confesar que el Prado *es un paseo muy agradable*..... Hoy le he encontrado mas atractivo que otros dias.

— Cuando está usted en él— repuso don Eduardo— atesora en efecto muchos atractivos.

— Eso no es verdad, amigo mio, porque vengo todos los dias, y siempre he experimentado cierto fastidio que hoy no siento; prueba evidente de que tiene este paseo alicientes que otros dias no tenia.... á lo menos para mí.

— Vamos que cuando la acompaña á usted mi amigo.....

— ¿Quién? ¿Agapito? No hay duda que es un jóven muy apreciable; pero anda tan distraido con sus queridas....

— ¡Yo! — exclamó con asombro don Agapito.

— Sí señor, usted — dijo riéndose Elisa.

— ¿Quiénes son esas queridas?

— Las nueve ninfas del Parnaso — respondió Elisa. — Nueve queridas, mire usted si tiene el picarillo bien ancho el corazon....

— Ya sabe usted que en él solo cabe un amor.... el amor que sus ojos de usted han encendido, y arde ahora como un volcan....

— Un balcon tengo en el pecho — interrumpió Elisa, remedando el tono declamatorio del poeta.

— ¿Se burla usted?

— ¿Burlarme yo de un jóven de tan esclarecido talento?.... ¡Dios me libre! — Y dirigiendo la palabra á don Eduardo, añadió: — prosigamos nuestra conversacion, amigo mio. No interrumpamos á don Agapito, que probablemente estará buscando un consonante difícil para terminar algun idilio á su Filis.

— ¿Y no es usted su Filis? — preguntó don Eduardo.

— No entiendo esa pregunta — respondió Elisa con seriedad — y comprendo aun menos cómo se atreve usted á dirigirmela.

— Habla tú, Agapito. Sácame de este apuro. ¿No me has dicho esta mañana que tú amabas á esta señorita, y que eras correspondido? ¿No acabas de decirmelo en el café?

— ¿Qué es esto, caballeros? ¿Es posible que se me ultraje de semejante modo? ¿Es posible que haya quien propale... y nada menos que en un café, tan atrevidas suposiciones?

— Perdone usted, amiga mia, si he abusado de su confianza. Filoctetes...

— Filoctetes no le ha autorizado á usted nunca para faltar á la verdad.

— ¿Con que no me ama usted?

— No señor.

— Don Eduardo dijo por lo bajo á don Agapito.

— Creó, amigo mio, que has perdido el pleito.

— Es que ahora está celosa; pero ya le pasará.— repuso don Agapito en voz baja tambien.

— Sin embargo, me parece que tendrás que recurrir al último remedio.

— ¿Y cuál es el último remedio?

— El de los desesperados.

— ¡Cómo!

— Dando el salto de Léucade.— Y dirigiendo la palabra á Elisa, dijo en alta voz:— reflexione usted, señorita, que el pobre Agapito no ha querido ofender á usted; y si algo valen mis súplicas, espero perdonará usted su ligera falta.

— La falta de este caballero, don Eduardo, no es tan ligera como usted supone; pero toda vez que es amigo de usted....

— Amigo íntimo...— añadió don Eduardo.

— Olvidaré una ofensa, que espero será la última que ese caballerito tome la libertad de hacerme.

Don Agapito se mordía los labios de cólera y de confusion.

— Doy á usted mil gracias por su generosidad, amable Elisa.— repuso don Eduardo.— Es usted tan buena como hermosa.

— Usted me ha suplicado que fuese indulgente con su amigo, y las súplicas de usted son mandatos para mí, que me huelgo sobremanera en obedecer.

— Perdone usted, mi buena amiga, nunca será mi ánimo imponerle á usted obediencia. Me llena de orgullo y de satisfaccion la amabilidad con que accede usted á mis deseos; pero en cuanto á mandatos, solo yo debo recibirlos de usted, yo que me considero su mas rendido esclavo.

El poeta oía este amoroso diálogo con toda la iracundia de los celos; pero por no ponerse mas en ridículo á los ojos de su rival, procuraba disimular, y seguia silencioso al lado de su amigo, hasta que pasando á la izquierda de la marquesita, con voz trémula se atrevió á preguntarla:

— ¿Le ha pasado á usted el enojo?

— Elisa no le respondió.

— Pregunta mi amigo si se le ha pasado á usted el enojo.— dijo don Eduardo.

— Yo no puedo estar enojada al lado de usted.

—Me honra usted mucho, señorita; y doy á usted gracias por mí y en nombre de mi amigo, que debe estar muy satisfecho por la amable contestación de usted.—Y dirigiéndose á don Agapito, añadió:—vamos, ya se acabó todo.

Don Agapito lanzó una mirada tan feroz á don Eduardo, que parecia decirle con los ojos: «¡Maldito seas!» pero el duquecito se habia propuesto castigar severamente la petulancia del poeta, y estuvo mas cruel con su rival de lo que era de esperar de su carácter bondadoso.

—¡Mire usted si mamá lo entiende!.... Asida del brazo del duque....—dijo Elisa á don Eduardo.

—¿Quiere usted el mio, Elisa?—repuso en tono apasionado el poeta.

—Gracias, don Agapito—contestó la marquesita.—Don Eduardo es tan amable... él y el señor duque quieren acompañarnos á casa.

La marquesita se asió del brazo de don Eduardo, y llamando á la marquesa, añadió:

—Mamá, mamá, me he tomado la libertad de convidar á comer con nosotras á este caballero.

Don Eduardo hizo un movimiento de asombro.

—Muy bien, hija mia, y espero que tambien nos favorezca el duque.

—Mil gracias, marquesa—respondió el padre de don Eduardo, —aceptamos los dos el convite con mucho gusto.

—No digo nada á don Agapito—prosiguió la marquesa—porque sé que está abrumado de ocupaciones. Sin embargo, bien podria hacer un esfuerzo.... aunque no fuese mas que á los postres.

—¡Qué cosas tiene usted, mamá!—dijo la hija—¿por qué se ha de incomodar este caballero?

—¡Me gustan tanto sus ocurrencias!....—repuso la madre.—No hay remedio.... le aguardamos á usted á la hora del café.... Queremos que nos recite usted alguna letrilla... que nos haga usted reir... Me divierten mucho los versos de usted.

—Vamos, no hagas falta, chico—añadió el duquecito en tono zumbon.—Sé amable una vez en tu vida. A la hora del café, ¿lo oyes? Estas señoras quieren que las hagas reir.

—Retirémonos ya—dijo la marquesa—estoy cansada de tener á este animalito en mis brazos.

—Agapito lo llevará—repuso don Eduardo. Y tomando el perrito de la marquesa lo confió al cuidado de su amigo.

—Con mucho gusto—contestó don Agapito temblando de cólera.

Y las tres parejas se dirigieron al palacio de la marquesa de Verde-Rama por el órden siguiente: iban delante en muy animada y alegre conversacion don Eduardo y la marquesita; seguian el duque y la marquesa, cerrando la marcha don Agapito, que á guisa de lacayo llevaba al mimado faldero en brazos, como si condujera un chiquillo á bautizar.

Poco antes de entrar en el palacio se oyó una voz que exclamaba como fuera de sí:

—Es él!.... es él!....

¡Y una hermosa niña cayó desmayada en los brazos de su madre!





CAPITULO XII.

UN FANTASMA.

Nos convivia, nos praelia virginum
 Scetis in juvenes unguibus aerium
 Cantamus vacui, sive quid urimur
 Non præter solitum leves.

HONACIO.

El carnaval del año 1824 no fué en Madrid tan bullicioso y alegre como suele serlo de costumbre.

Obcecado Fernando VII en sus tiránicos planes de gobernar como rey absoluto y señor de vidas y haciendas, habíase rodeado de estúpidos consejeros, si es que el nombre de *consejeros* cuadra á entes relajados, sin otro mérito que el saber amoldarse á los deseos del monarca, adular sus torpezas é iniquidades, y concretar la ciencia del gobierno á un sistema de sangrienta intolerancia y espantoso retroceso.

La consternacion veíase pintada en casi todos los semblantes. La zozobra agitaba los corazones de los honrados madrileños, que con escasas escepciones de algunas clases interesadas en los abusos de la teocracia, ó estúpida-

mente ilusas por fanatismo, constituyen uno de los pueblos mas liberales y cultos de Europa, al cual no le era posible respirar con alegría en los tristes momentos en que se le arrebatava la libertad.

Un pueblo víctima de tan execrables opresores, repetimos, no podia dar muestras de júbilo viendo humear sangre inocente en el cadalso, y restablecida la tiranía con el insultante dictado de *gloriosa restauracion*.

Unicamente en ciertas hediondas tabernas donde celebraban sus crápulas los realistas, y en los alcázares de la aristocrácia, abandonábanse los partidarios de Fernando á los regocijos propios del carnaval.

No podia presentarse ocasion mas oportuna al duque de la Azucena para rendir á la marquesa de Verde-Rama un obsequio digno de su alta categoría, un obsequio brillante á todas luces, que debia ser considerado como el prólogo del porvenir halagüeño que germinar debia entre las sacras piras del doble tálamo nupcial.

En sus largos viajes habia visto el duque, así en Paris como en Londres, magníficos y suntuosos bailes, y aunque los elementos de que podia disponer á la sazón en España, no le permitieron dar á la realizacion de su pensamiento toda la estension que apetecia, logró sin embargo asombrar á la aristocrácia de Madrid con el sarao que dedicó el último dia de carnaval á la elegante marquesa que debia ser en breve su esposa.

Los salones del palacio del duque presentaban un conjunto fantástico. Decorados con esquisito gusto y lujosa elegancia, veíanse poblados de las personas mas distinguidas por su posicion aristocrática.

Las riquísimas sedas de los cortinages que en graciosas undulaciones se armonizaban con la preciosa sillería de oro y terciopelo carmesí, con los suntuosos relojes y selectos cuadros al óleo, floreros de porcelana, anchurosos espejos y otros mil costosos muebles de sobresaliente mérito, brillaban al resplandor de millares de luces simétricamente agrupadas en arañas de cristal.

El bello sexo estaba encantador. Realzadas sus gracias por la profusion de sus riquísimos adornos, no parecia sino que todas las beldades de mas nombradía se hubieran lanzado á una liza de competencia para alcanzar el galardón debido á la hermosura.

La mayor parte de los hombres alardeaban en sus vistosos uniformes esas grandes cruces, esas placas, bandas y bordados que tanto halagan el orgullo

de los paláciegos, y son las mas veces el premio de bajas adulaciones ó el resultado de abominables y viles intrigas.

La circunstancia de ser de máscaras el baile, dábale cierta animacion y franqueza de que no suele disfrutarse en las sociedades cortesananas donde se observa una rigurosa etiqueta.

Habíase tenido la precaucion de distribuir las correspondientes targetas, á fin de evitar la invasion de algun intruso que no perteneciese á la elevada categoría de los convidados.

Tal vez al recurso de la mascarilla, debíase principalmente el que no se viera en aquella lucida reunion un solo rostro repugnante.

Tanto las jóvenes que no tienen motivo alguno de vivir agradecidas á la madre naturaleza por su injusticia en no haberlas dotado de agradables facciones, como las beldades caducas, en cuyas mústias mejillas llevan su impertinente fé de bautismo, son generalmente elementos de ebullicion en los bailes de máscaras, y si el talle no adolece del infortunio del rostro, suelen, merced á la careta, dar solemnes chascos al hombre mas lince y perspicaz.

Un festin de máscaras es el palenque mas á propósito para esas intrigas y combates de amor que el mismo Horacio cantó en sus inmortales odas.

El duque de la Azucena y su hijo hacian gala de su esquisito esmero en los honores de la casa, y llenaban la incumbencia de su posicion con elegancia y finura, sin cometer el mas leve descuido ni faltar en lo mas mínimo á las leyes del buen tono.

No por esto dejaban de mostrar su justa predileccion en favor de la marquesa y de su hija.

Empezó el baile por un wals coreado, novedad que el duque importó del extranjero, y que causó agradable sorpresa en los concurrentes.

La letra de los coros llevaba por título LA SAL DE MADRID (1), y estaba concebida en los términos siguientes:

I.

Siempre amables y risueñas
Con sin igual donosura,

(1) Esta innovacion no se ha generalizado en España hasta estos últimos años. Para el baile de *Piñata* que en 1849 se celebró en los salones orientales de la corte, compuso el acreditado maestro don Sebastian de Iradier un lindísimo wals, coreado con esta misma letra de LA SAL DE MADRID, que el autor de la presente novela tuvo á honra facilitarle. Fué tocado por cincuenta profesores y cantado por un numeroso cuerpo de coristas.

Las beldades madrileñas

Son modelo de hermosura :

Sus ojos bellos

Lanzan destellos

Que abrasan de amor el alma ;

Y al ver tantas perfecciones

Pierden su apacible calma

Mil corazones.

Es su divisa

Tierna sonrisa :

El dulce aliento

De estas palomas

Esparece al viento

Suaves aromas

Que enardecen las pasiones,

Y sucumben en la lid

Mil corazones.

¡ Viva !

¡ Viva la sal de Madrid !

II.

Feliz el hombre que alcanza

De estas sílfides graciosas

En la bulliciosa danza

Las miradas amorosas !

Y en dulces lazos

Entre sus brazos ,

Cuando el talle esbelto agitan

Ligeras undulaciones ,

Heridos de amor palpitan

Mil corazones.

Es su divisa

Tierna sonrisa :

El dulce aliento

De estas palomas

Esparece al viento

Suaves aromas ,

Que enardecen las pasiones,

Y sucumben en la lid

Mil corazones.

¡ Viva !

¡ Viva la sal de Madrid !

Mientras don Eduardo estaba walsando con la marquesita, presentóse don Agapito, que por efecto de generosa delicadeza de parte de su rival, había sido uno de los primeros en la lista de los convidados.

Después de saludar al duque y á otras muchas personas conocidas, particularmente á las señoras mas notables por sus títulos de nobleza, fué á sentarse en una de dos sillas, únicas que halló vacantes, y mientras duró el wals tuvo clavados los ojos á través de su lente, sobre la marquesita de Verde-Rama, y parecíale mas bella, mas linda, mas interesante, mas encantadora que nunca.

No se le ocultó á don Eduardo la avidez con que el poeta contemplaba á su futura, y como esto no dejaba de mortificarle, aunque levemente, quiso tomar venganza aprovechando cuantas ocasiones se presentasen de dar tortura á su rival, contra quien era acaso mas severo de lo que le dictaban sus nobles sentimientos, por la antipatía que le inspiraba la necia presuncion de un pedante que pasaba entre los aristócratas por un profundo literato, solo porque hablaba mitológicamente y escribía en términos campanudos que nadie entendía, y que únicamente los necios celebraban.

Al terminar el wals, dirigióse don Eduardo, conduciendo de la mano á la marquesita, hácia la silla vacante junto á la que ocupaba don Agapito.

Este, como es natural, levantóse para saludar á la hermosa jóven, y aun tuvo la generosa amabilidad de ofrecer, con repetidas instancias, su asiento á don Eduardo. Aparentó este no querer mostrarse menos caballero, y obligó á don Agapito á permanecer junto á la que entrambos amaban.

El objeto de don Eduardo era castigar el atrevimiento con que el poeta habia enristrado el lente y le habia mantenido largo rato fijo, recreándose en los encantos de la marquesita, haciéndole oír los piropos que con apasionado acento iba á dirigir el primero al bello objeto de su flamante cuanto afortunada conquista.

— ¡Qué hermosa está usted, Elisa! — Decíale don Eduardo con ternura.

— Es lisonja de usted, Eduardo — respondió la marquesita mirando tiernamente á su galanteador; — pero no importa, las lisonjas de usted me llenan de orgullo y de placer; con todo..... soy tan ambiciosa, que no me satisface aun el parecerle á usted bonita... desearia me digese usted algo mas.

— Todo mi afán se reduce á complacer á usted: ¿qué desea usted que le diga?

— Que me ama usted.

Estas palabras las pronunció la hermosa jóven fingiendo un candor angelical.

—No puedo satisfacer á usted — contestó con amable sonrisa don Eduardo.

— ¿Cómo así? — replicó alarmada la marquesita.

— Porque prefiero decir á usted..... que la adoro.

Al oír esto, levantóse bruscamente don Agapito, en ademan de alejarse.

— Quieto, quieto — dijole con ironía don Eduardo deteniéndole. — Estás perfectamente.

— Perdona, amigo mio — replicó don Agapito fingiendo extraordinaria alegría. — Veo allí en frente una hermosa mascarilla á quien hace rato que aguardaba. Es una niña agraciada con quien estoy en amorosas relaciones... Apenas cuenta quince abriles y es hechicera como Licosia, la mas hermosa de las tres Sirenas.

— Eso ya es otra cosa..... Anda, chico, anda á camelar á tu Sirena de quince abriles y mira de no tener que dar esta vez el salto de Léucade. —

Ya supondrá el lector que lo que acababa de decir don Agapito en voz bastante alta para que pudiese oírlo la marquesita, era una falsedad hija de los celos.

Sentada en frente de la jóven marquesa, habia en efecto una máscara que llevaba un riquísimo traje de valenciana de la Huerta. Un aderezo de hermosísimos brillantes se armonizaba perfectamente con la blancura de su erguido cuello de cisne. Su pecho divinamente contorneado, contrastaba con su reducida cintura, que al menor movimiento, meciase de un modo flexible y graciosamente voluptuoso.

Don Agapito no conocia á esta encantadora máscara; pero para vengarse de la inaudita ingratitud de la marquesita, afectaba mostrarse muy complacido á su lado. No la abandonaba un momento, bailaba con ella cuanto la música tocaba, y esmerábase por darla gusto en todo, con tan ardiente entusiasmo, que no parecia sino que estuviese frenéticamente enamorado de ella.

Entretanto, la marquesita y don Eduardo curábanse poco de las estravagancias del poeta, ambos embebidos en su amorosa conversacion.

Y no se crea que don Eduardo estuviese enamorado de la marquesita. Nada de eso. Habiale dicho que la adoraba, únicamente por dar celos á su rival; pero no era así. Gustábale aquella hermosa jóven; mas estaba muy lejos de amarla. Notaba en ella algunos defectos, y como eran susceptibles

de fácil correccion, no queria oponerse al deseo de su padre, mayormente cuando tantas ventajas resultaban de los dos matrimonios, segun hemos indicado ya en otro capitulo.

El duquecito queria hacerse ilusion, pretendia engañarse á sí mismo, y con este objeto continuaba prodigando galanteos á la marquesita.

Eran ya las altas horas de la noche, y se acercaba el término del baile cuando mas animada estaba la conversacion de estos amantes.

—No necesita usted adornos para estar hermosa—le decia mostrándose cada vez mas amartelado;—pero sin embargo, sabe usted hacer uso de ellos con tanta elegancia, que añaden, si es posible, nuevos atractivos á los muchos que usted atesora.

—Será así; pero con todo..... me falta una joya que seria para mí la mas preciosa..... la mas querida.

—¿Una joya?

—Si tuviera el retrato de usted.....

—¡Mi retrato!

—¿Lo estraña usted?

—Como yo no poseo el de usted.....

—No repetirá usted semejante escusa—dijo la marquesita entregando su miniatura á don Eduardo.

—Parecido es; pero no tan bello como el original.

—¿Puedo contar ya con el de usted?

—Nada mas fácil, Elisa. Solo tardará usted en poseerle los dias que el pintor necesite para retratarme.

—Gracias, amigo mio, gracias. Crea usted que le llevaré siempre junto al corazon, porque dentro del corazon solo cabe el original.

—Es usted tan amable como hermosa.

Don Agapito á su vez no habia estado menos galante con la *Sirena de los quince abrilés*. Toda la noche obsequiándola por todos estilos, sin dejar de bailar un wals ni una sola contradanza con su graciosa valenciana.

—¿Por qué no te quitas la careta, amable mascarilla?—deciale con afan.

—No, que soy muy fea—le respondió la máscara.

—¡Oh!.... es imposible!.... Ese cuello de alabastro..... esos ojuelos donde se anida el Dios vendado..... ese pecho virginal que se eleva encantador á semejanza del trono de Venus..... esa angosta cintura flexible como

las palmas, candoroso emblema de la virginidad, anuncian otras mil perfecciones que anhelo conocer, y que solo tú, linda mascarilla, y la diosa de Citeres poseeis en tan alto grado.

—¿No has dicho que me acompañarías á mi casa?

—Y lo repito.

—Pues bien; allí verás mi rostro.

—¿A qué fin dilatar el momento feliz de admirar tus bellas facciones?

—¿De veras lo quieres?

—Me abraso en la mayor ansiedad.

—Pues ármate de resignacion.

—¿Por qué?

—Porque tal vez has andado algo ligero en elegirme por el objeto predilecto de tus amores. Quién sabe si al quitarme la mascarilla dejarás de amarme.

—No por cierto; entonces mas que nunca..... ¡oh!.... juro amarte como amaba Adonis á la enamorada Venus bajo la sombra de los altísimos cedros del Líbano.

La gentil mascarilla quitóse de improviso la careta.

Don Agapito lanzó un grito de horror y abandonó despavorido el baile, huyendo á ocultar en su lecho la vergüenza y desesperacion que le ahogaban.

Entretanto reíase de una manera horrible la vieja tarasca, que habia ocultado hasta entonces los estragos de medio siglo y tres lustros, bajo el pintado carton que velaba su rostro de mandril.

De repente un prolongado murmullo cautivó la atencion del dueño de la casa.

Todos los concurrentes se agolpaban ansiosos en torno de una máscara que con andar lento y magestuoso atravesaba el salon.

Todos la contemplaban atónitos y le dejaban libre el paso.

Parecia una sombra.

Era sin embargo una linda gitana vestida con sin igual donosura; pero un negro crespon la cubria toda, dándole el misterioso aspecto de un fantasma.

Lleno de jovialidad corrió el duque de la Azucena á recibir á la recién llegada.

Apenas la vió, dió un grito de espanto y cayó en el suelo acometido por un horroroso accidente epiléptico.

Todos acudieron á socorrer al dueño de la casa, y la sombra desapareció en medio del terror general.

Abandonemos la espantosa confusion que brotó entre los placeres de un palacio, para ver si hay mas tranquilidad en la humilde morada de un laborioso artista.

Conduciremos el lector á la modesta habitacion de los padres de la enamorada Enriqueta.





CAPITULO XIII.

LUCHAS DEL CORAZON.

Es giebt eine enthusiastische Reflexion, die von dem grössten Werth ist, wenn man sich von ihr nur nicht hinreissen lasst.

GOETHE.

Melanconia,
Ninfa gentile,
La vita mia
Consegno a te.
I tuoi piaceri
Chi tiene a vile
Ai piacer veri
Nato non é.
PINDEMONTE.

Era el último dia del mes de febrero de 1824.

Se acordará el lector que Enriqueta confió un dia á su madre el secreto de su melancolía, y que ambas se dirigieron en busca del bondadoso Federico Cerneda para hacerle igual confianza y escuchar sus prudentes consejos.

El honrado pintor, después de haberse enterado minuciosamente de la pasion de Enriqueta, le habló con la natural y espresiva elocuencia que suele inspirar á un padre bondadoso el deseo de ver felices á sus hijos.

Muy lejos de reprender con groseras amenazas á la incauta niña, como acaso hubiera hecho otro padre menos conocedor del corazón humano, había esmerado en alentarla con palabras de consuelo, y su prudente amabilidad alcanzó mas que si la hubiese intimidado con acerbas reprensiones.

Convencida Enriqueta por las razones de su buen padre, de que era una locura imaginar siquiera que un apuesto y gallardo jóven de la mas elevada gerarquía, pudiese amar con sanas intenciones á la hija de un pintor, razones que á ella misma se le habian ocurrido antes de revelar á sus padres su insensata pasión, procuraba esforzarse por vencerla, y hubiera en efecto recobrado en breve su tranquilidad, si no acibarara todas sus meditaciones una idea cruel que jamás podia apartar de su imaginacion.

—No puedo aspirar á ser su esposa —decia una tarde que estaba sola en su dormitorio — porque soy pobre y él es rico..... Es hijo de un duque..... y yo..... ¡miserable de mí!.... ¿qué soy en la sociedad? ¡Cuánto mas valiera no haber nacido, que vivir en un estado humilde, sujeta á toda suerte de humillaciones! Verdad es que con frecuencia me llaman hermosa..... pero ¿quién? Siempre jóvenes de pobre condicion..... que no pueden proporcionarme una posicion brillante en la sociedad..... y yo les desprecio.... porque siento un deseo tan vehemente de habitar un palacio.... ¡Cuán felices deben ser las que nacen en él! Do quiera vuelvan los ojos no ven mas que agradables objetos que les recuerdan su felicidad..... su grandeza..... ¡Un palacio!.... Un palacio debe ser una morada deliciosa. Mueblaje magnífico, preciosas colgaduras de seda y oro, joyas de brillantes pedrerías, lujosos trenes y numerosas falanjes de lacayos.... hé aquí los únicos elementos de felicidad que hay en el mundo. ¿Y cómo han de proporcionarme esta felicidad á que frenéticamente aspiro, los jóvenes que ponderan mi hermosura?... Uno solo..... el mas interesante de todos..... un jóven encantador que hubiera podido elevarme á la categoría que ambiciono..... ¡me ha olvidado! ¡y me ha olvidado porque soy pobre! Si yo fuera rica.... Si mis padres alardeasen en sus blasones alguna corona ducal, á buen seguro que no hubiera hecho mofa de mí el apuesto jóven por quien suspiro. Su bella imágen no se borrará un momento de mi memoria. Sus tiernas y elocuentes miradas parecían revelarme un acendrado amor, una pasión vehemente..... ¡y me ha olvidado porque soy pobre! ¡Dios mio!.... ¡qué tormento es amar sin esperanza! Díe bien mi padre, debo olvidar esta pasión funesta que me aniqui-

la. Debo resignarme á mi humilde condicion..... debo renunciar á la felicidad que disfrutaban otras mujeres..... Nacieron con mejor estrella..... ellas solo merecen los halagos del mortal á quien adoro. ¡Dios mio! ¡Dios mio! concédeme al menos la gracia de no presenciar escenas que laceran mi corazon.

Al dirigir esta súplica á Dios, acordábase la pobre niña de que habiendo salido á paseo con su madre, vió un dia casualmente al duquecito don Eduardo que daba el brazo á la marquesita de Verde-Rama, é impelida por sus celos, aproximóse maquinalmente hasta escuchar la conversacion de la envidiable pareja. Oyó que don Eduardo decia á la marquesita «usted es el único objeto de mi amor» y estas palabras tan dulces para la belleza á quien iban dirigidas, filtraron en el tierno corazon de Enriqueta á guisa de plomo derretido. Gritó «¡es él!... ¡es él!...» y quedóse desmayada en los brazos de su madre, sin que semejante ocurrencia hubiera sido apercebida por el duquecito.

Este nuevo infortunio acibaró de pronto la tortura de Enriqueta; pero sirvió para ratificar su conviccion de que no seria nunca esposa del jóven cuya memoria no se apartaba un momento de su ardiente fantasía.

—¡Olvidémosle para siempre! —gritó con resolucion, y tributó un raudal de lágrimas á su memoria.

Después de una larga pausa, enjugóse el llanto, y sonriéndose con amarga ironía añadió:

—Soy muy infeliz... es verdad; pero ¡cuántas mujeres cambiarían conmigo su desventurada suerte! Ahí está esa desdichada pordiosera que venia diariamente á recoger los desperdicios de nuestra comida y mantenia con ellos á sus padres!... ¡Dios mio!... ¿Si le habrá sucedido alguna desgracia? ¡Hace tantos dias que no la veo!... ¡pobre Inés! por no abandonar á sus padres, renunció siempre á mejorar de situacion... porque no hay duda que aquí, aunque en clase de criada, lo hubiera pasado mil veces mejor que escitando la befa y el escarnio por las calles y plazas, donde era tenida por bruja entre la crédula muchedumbre.

No bien hubo pronunciado estas palabras, quedóse Enriqueta abismada en profundas reflexiones.

—Bruja... es verdad... Y dicen todos que sus vaticinios resultan realidades... En este caso no seria una bruja... seria una santa, porque es tan buena!... Todas sus palabras son de consuelo... sus avisos tan cariñosos... y sus

consejos destellan moralidad y virtud por todas partes. ¡Oh! no hay duda... es una santa. Todos creen en sus profecías... Pues bien, yo también quiero saber por ella mi porvenir. Quiero saber si verá algún día satisfecha mi ambición. A lo menos si yo llegara á ocupar en la sociedad una posición brillante, no despreciaría á los pobres... ¡Oh! no... al contrario, tendría un placer imponderable en prodigar limosnas... Derramaría mis riquezas entre los menesterosos..... ¡Válgame Dios! todas las felicidades son para los ricos. ¿Por qué no vendrá esa pobre mujer?... Acaso está enferma... é ignoro su morada... no ha querido nunca decirme dónde vive...

En este momento presentóse en el cuarto de Enriqueta su madre.

— ¡Enriqueta!

— ¿Qué se le ofrece á usted, madre?

— Que voy á salir y te quedas sola en casa, por que la criada tampoco está.

— ¿No está padre?

— Sí, pero se viene conmigo.

— ¿Van ustedes á paseo?

— No, hija mía, en este caso hubieras venido tú con nosotros. Vamos á ver á un enfermo de gravedad, y como esta visita nada tendría de agradable para tí, es mejor que te quedes en casa ¿no es verdad?

— Como usted guste.

— Pero no estes triste, hija mía.

— La tristeza me es grata y consoladora.

— Pero ¿qué motivos tienes tú para estar triste?

— Ninguno... es mi genio.

— Pues debes corregir tu genio.

— ¿Qué mal hago yo á nadie?

— ¡Friolera! ¿No sabes que tu melancolía llena de amargura el corazón de tus padres?

— ¿Pero por qué?

— Porque no es cosa que pueda hacernos gracia ninguna el verte siempre pensativa y triste.

— Sin embargo, tanto usted como padre, debieran considerar que yo no padezco...

— Eso es imposible. La tristeza es hija de algun pesar.

—Muchas veces no tiene fundamento, y en este caso está precisamente mi melancolía. Crea usted que lejos de serme dolorosa, nunca estoy más á mi gusto que cuando me abandono á la expansion de mi sensibilidad.

—Es decir, que prefieres á todo estar sola, y llorar...

—Es tan dulce muchas veces el llanto...

—Pues, hija mia, sin motivo nadie llora, y para llorar es preciso que alguna pena desgarré el corazón. Solo así comprendo que pueda ser consoladora la melancolía, solo así puede ser agradable el llanto; pero lo es porque desahoga la opresion del alma, y mitiga el dolor que la corroe. Yo bien sé la causa de tu pesar.

—¿Si la sabe usted, por qué estraña mi tristeza?

—Porque me figuraba que tenias mas talento. Vamos, sé prudente Enriqueta, y olvida á ese jóven que te ha vuelto el juicio.

—Cuanto mas procuro hacerlo, mas fijas tengo en la memoria sus espresivas miradas.

—Lo que tú llamas espresion, no es sino picardía de los hombres, querida Enriqueta. Todos ellos miran á las muchachas con buenos ojos; pero desgraciadamente no suele haber la misma bondad en su corazón. Yo creia que te habias ya convencido de que el jóven que tan amable se nos manifestó en el café, lo hizo solo en aquel momento por mera galantería.

—Así lo creo, madre.

—Y es así á no dudarlo, pues si en él hubiese habido alguna intencion amorosa, te hubiera dado otras pruebas de su pasion.

—Es verdad.

—Pues si conoces que está muy lejos de amarte, ¿de qué proviene tu tristeza?

—De eso mismo, madre mia. Si él me amase me juzgaria la mas feliz de las mujeres; pero como no corresponde al amor que yo le profeso, me considero muy desgraciada, y no me queda mas consuelo que llorar pensando en él.

—Eso no es lo que tú has prometido á tu padre, hija mia.

—Tiene usted razon, le he prometido olvidar á un jóven que por ningun concepto puede amarme.

—Ya se vé que no. La desigualdad que media entre los dos, pone un obstáculo invencible á vuestro casamiento. Y bien mirado, hija mia, es para tí

una felicidad que ese jóven no te quiera. Me digiste que era duque y que tenía tratamiento de escelencia... ¿dónde vamos á parar? Al fin y al cabo tú no eres mas que la hija de un artista, que aunque á nadie cede en honradez, carece de los requisitos que pudieran darte esa nobleza de nacimiento, sin la cual es una locura concebir ilusiones que no pueden realizarse.

—Lo sé, lo sé, madre, y espero que sabré vencerme.

—Yo tambien confio en tu discrecion, pero has de empezar por alegrarte. Con tantos libros como tienes, bien habrá alguno que te divierta. A Dios, hija mia.

—¿Volverán ustedes pronto, sí?

—Dentro de media hora estamos de vuelta. Con todo, pasa el cerrojo de la puerta y no abras á nadie.

—Pierda usted cuidado.

Las dos se dirigieron hácia la puerta que daba á la escalera, donde Federico aguardaba á su mujer.

—¿Qué quieres que te traiga, Enriqueta?

—Nada, padre.

—Vamos, golosilla, que no te vendrán mal algunos merengues.

—¿Para qué quiere usted hacer ese gasto?

—Para que tú te los comas, hija mia, ya sabes que cuando salgo de casa te traigo siempre alguna golosina á la vuelta. Lo que siento es que no quieras decirme que es lo que mas te gusta. Sin embargo, se me figura que das la preferencia á los merengues.

—Todo me gusta... y mas el ver que se acuerda usted de mí.

Enriqueta besó afectuosamente la mano de su padre.

—¿Y á mí?—preguntó Cecilia, envidiosa de aquella caricia.

—A usted, madre, un abrazo y un beso.

Madre é hija se abrazaron y besaron con ternura.

—¡Qué buenos son!—dijo para sí Enriqueta cuando estuvo sola.—¡Y me quejo de mi suerte! Soy una loca. Hasta mi tristeza me hace feliz. ¡Es tan dulce la melancolía!...

Así empezó Enriqueta á sumergirse de nuevo en sus acostumbradas reflexiones, ilusionándose á veces con halagüeñas esperanzas que se desvanecian al momento. *Hay una reflexion entusiasta, preciosa*, ha dicho Goethe, *cuando no se deja uno avasallar por ella.*

La virtud y la ambicion estaban en continua lucha , tanto en su corazon como en su poética fantasia , donde germinaban con frecuencia ideas absurdas que la sana razon combatia al momento.

Enriqueta era no solo aficionada á la lectura de las poesias de nuestros antiguos vates , sino inteligente en literatura , que cultivaba con pasion sin perjuicio de los quehaceres domésticos , y aun le sobraban algunos ratos para dedicar al dibujo bajo la direccion de su bondadoso padre.

Para mitigar su tristura , apeló la pobre niña á esta consoladora distraccion ; pero se cansó en breve y dejó el lapicero para apoderarse de uno de los tomos de poesias de Melendez , su modelo favorito.

Leyó largo rato , y de repente , como si alguna idea avasallára su imaginacion , dejó el libro , cogió la pluma , y se puso á escribir.

Apenas empezó , dulce sonrisa de satisfaccion contraia sus hermosos lábios. Sus ojos lanzaban destellos de entusiasmo. Encendido carmin coloreaba sus virginales mejillas.

De vez en vez detenia el rápido curso de la pluma , y después de hacer un gesto de leve disgusto , borraba alguna palabra ó frase que escribia en otros términos , exhalando á continuacion un suspiro de alegría.

Por fin , cierta prolongada sonrisa , anunció que habia terminado su tarea , y parecia satisfecha de su obra . Cogió el papel donde acababa de vaciar sus tiernas inspiraciones y leyó el siguiente

APOLOGO,



LA NIÑA Y LA ROSA.

Estaba Cloris
en su jardin
un dia hermoso
del mes de abril.

Sus tiernos lábios
al sonreir
perlas ostentan
entre carmin.

A la azucena
vence en la lid
su tez de virgen
ó querubin.

Con donosura
y aire infantil
como las brisas
vuela sin fin.

Y entre las flores
se pierde allí ,
cual mariposa
bella y gentil.

Besa ora el lirio ,
ora el jazmin ,
ora el jacinto
ó el alelí.

Pero una rosa
de alta cerviz
diosa descuella
de aquel pensil.

Cloris la mira
con frenesi
y poseerla
codicia en fin.

Mas cuando incauta
pretendió asir
á la flor bella,
gritó: ¡Ay de mí!

Sus lindas yemas
de albo marfil,

se matizaron
de carmesí.

Aleve espina
la hirió sutil
cuando pensaba
ser mas feliz,

Y en triste lloro,
lanzó de sí
la flor mas bella
de su jardin.

Aprende, aprende
niña infeliz,
que entre los goces
hay penas mil.

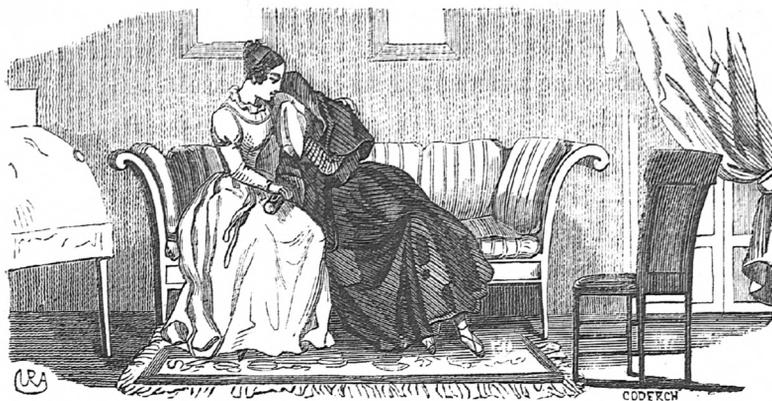
Después de la lectura de su produccion, quedóse de nuevo Enriqueta avasallada por sus meditaciones.

Llaman de improviso á la puerta.

Enriqueta mira por el agujero de la cerradura, y haciendo un movimiento de alegría abre con rapidez sin acordarse del mandato de su madre.

La persona que acababa de llamar... ¡era la *Bruja*!





CAPITULO XIV.

EL VATICINIO.

Tan desigual dolor no sufre modo:
No me podran quitar el dolorido
Sentir, si ya del todo
Primero no me quitan el sentido.
GARCILASO.

Apenas acababa de entrar la mutilada pordiosera en la habitacion del pintor, se arrojó á los brazos de Enriqueta, y sin que le fuera posible articular una sola palabra, prorumpió en sollozos precursores de un raudal de lágrimas.

—¿Qué es esto, buena mujer?— preguntó Enriqueta, mezclando su lloro con el de la infortunada *Bruja*.

—¡Ay! señorita....— pudo por fin exclamar.

—¡Dios mio!.... Estoy temblando.

—¡Pobre niña!.... Soy muy cruel.... La aflijo á usted con mis pesares.

—Yo no quiero que tenga usted pesares.

—¿Quién no los tiene en este mundo, hija mia?

—Es verdad,—respondió Enriqueta, y enjugó con el pañuelo una lágrima que brillaba sobre la púrpura de sus mejillas, como el rocío sobre la corola de un clavel.

—¿Es verdad!.....—repitió alarmada la *Bruja*.—¿Es verdad, ha dicho usted, señorita?... ¡Pues qué!.... ¿tiene usted tambien pesares?

—Usted lo ha dicho antes: ¿quién no los tiene en este mundo?

—Lo he dicho; pero usted no debe tenerlos, hija mia... de ningun modo. Su alma de usted conserva todo el candor de la infancia, su tierno corazon no ha sido pervertido aun, es un corazon de ángel, un corazon puro como la divinidad, y los infortunios de este mundo solo alcanzan á los que tienen crímenes que expiar. No abandone usted nunca la senda de la virtud, hija mia, si ambiciona ser feliz. ¡Oh! los pesares de usted fácilmente se adivinan!

La *Bruja* queria decir con esta frase, que pronunció sonriéndose, que los pesares de una niña los adivina cualquiera, pues deben reducirse á un efímero deseo no cumplido, á una inocente voluntad contrariada, ó á otras pueriles desazones: pero como la mujer que acababa de asegurar QUE ADIVINARIA FÁCILMENTE LOS PESARES de que se hablaba, era tenida por bruja, la pobre niña llenóse á un mismo tiempo de espanto y de rubor.

—¿Con que es verdad que lo adivina usted todo?—balbuceó Enriqueta.

—Así lo cree el vulgo en sus necias supersticiones.

—¿Pues cómo quiere usted adivinar mis pesares?

—Porque los pesares de una niña los adivina cualquiera.

—No, no, no es eso—repuso con angelical inocencia la jóven.—Yo he leído cosas maravillosas en algunos libros. Las Hadas, de quienes hacen mencion muchos poetas, se llamaban así porque pronosticaban lo que estaba dispuesto en los hados. ¿Por qué no ha de haber Hadas en el dia? ¡Me gustaria tanto saber mi porvenir! Y si el Hada que me lo vaticinase fuese tan buena como usted, la oiria sin miedo y con entera confianza de que no me anunciaria desgracia alguna, ¿verdad que no?

—No, hija mia, no, jamás tendria yo valor para lacerar el corazon de usted.

—¿Pero si penetrára usted en mi sino algun infortunio?

—Dios no lo permitirá, porque Dios es justo y solo castiga á los criminales.